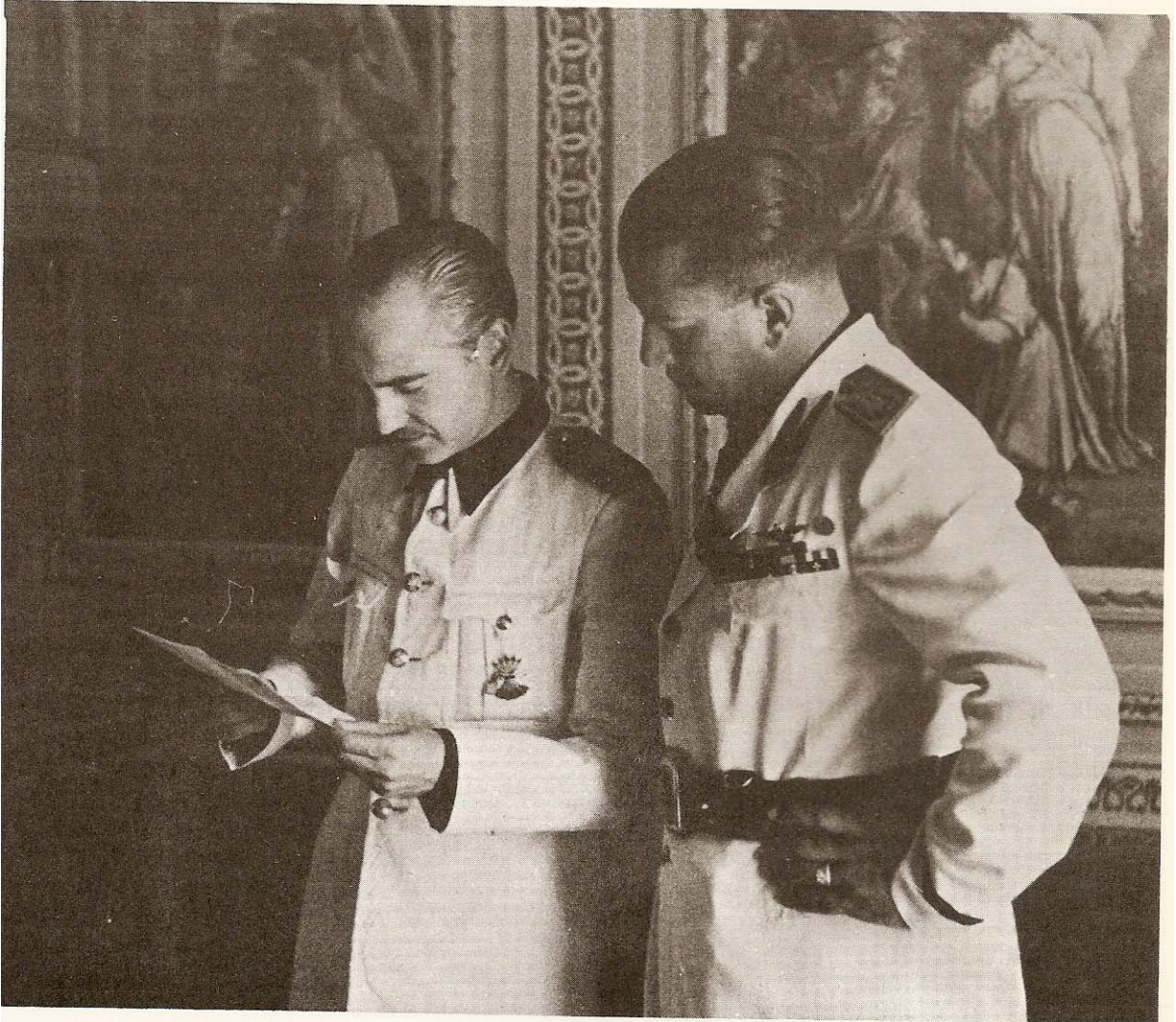


CAPITULO XV  
**Galeazzo Ciano**



## CAPÍTULO XV

### GALEAZZO CIANO

Aunque muchas cosas en el estilo personal, en los gustos privados, en el concepto mismo de la política y en el carácter, me separaron de él desde un principio, Galeazzo Ciano fue -de entre todas las personas de la política exterior de Europa que en aquellos años traté- a quien más verdaderamente pude dar el título de amigo.

Mi primera impresión de él -ya lo he relatado- resultó ingrata. Por el contrario, parece ser que él me consideró entonces con juicio mucho más generoso. Fue seguramente él quien dio los primeros pasos para que nuestra forzosa relación política adquiriese el tono confiado de la amistad particular. Este gran caprichoso, este gran niño mimado de la fortuna, podía ser infinitamente impertinente pero también abiertamente cordial. Lo fue conmigo durante mucho tiempo y yo soy persona que resiste difícilmente a esa prueba. Cuando una expresión afectuosa me busca puede encontrarme. Soy así aunque mil veces haya tenido que violentarme para estar reservado y en guardia. La amistad, el afecto cordial, no acostumbra a dispensarme de una cierta serenidad crítica, pero me ayuda a saltar sobre mis propias reservas críticas. ¿Quién de otro modo podría vivir en este mundo sin el acecho de la misantropía? Ciano me mostró afecto, estimación y confianza. ¿Era o no sincero? No lo sé. Yo le profesé afecto hasta la última hora.

Cuando este libro estaba ya avanzado, se dio a conocer su *Diario*. Mi nombre aparece en ese documento repetidamente. Primero con amistosa deferencia, con afecto, con respeto. Luego con afecto y amistad. Al final -súbitamente- con irritada aversión. Indudablemente que a cualquier lector desapasionado ese cambio de humor, cuya brusquedad e inconsecuencia son patentes, debe resultarle un tanto extraño. A mí -sin dejar de dolerme, de impresionarme-, me ha asombrado menos porque tengo para él una muy clara explicación. No creo ser optimista ni tampoco vanidoso si con esta explicación que deja a salvo la posible sinceridad del despego de Ciano, quiero dejar también a salvo las otras manifestaciones, en último término afectuosas, que el *Diario* contiene para mí.

Aparte de esto hay en su *Diario* un número suficiente de revelaciones sobre mi actitud en política exterior que si yo buscase ahora -de cara al presente o al porvenir- una justificación me la darían muy cumplida. Son manifestaciones en las que se constata muy expresamente mi recelo frente a los posibles excesos del germanismo, mi preocupación por el destino del catolicismo europeo, mi neta independencia frente a los alemanes y ¿por qué no? mi limpia amistad hacia los pueblos del Eje. Pero también, y además, mi celo por los intereses de España incompatibles a partir de un cierto momento con cualquier compromiso aventurado y, siempre, con cualquier bastardía.

Ese libro tan útil a veces, tan desconcertante otras, tan halagador y tan amargo al fin, me ha decidido a escribir este capítulo, que no será polémico como el anterior, pero que por razones íntimas tengo el deseo de escribir en torno a la figura de este hombre y de mis relaciones con él. En nuestro primer encuentro él observó de mí lo que en mí era menos semejante a él: una cierta concentración, una exaltación que pudiéramos llamar mística, un entusiasmo honesto y abnegado. Eran estas circunstancias personales muy arraigadas en mí, pero todavía más eran circunstancias reflejas: era el ambiente de la España

nacional respirado por un idealista, casi novicio de la política. El estaba ya muy lejos de todo eso, si es que alguna vez estuvo en ello. Yo registré de él todo lo contrario: su brillante frivolidad, su voluble dispersión, su falta de emoción. Era lo propio de un político joven, de fácil y brillante carrera, acomodado en el poder, en un tipo de poder muy absoluto e incondicional y corrompido por una vida mundana, tan halagadora como peligrosa, en la que su excedente de inquietud nerviosa, su necesidad de bullicio, se consumían sin agotarse.

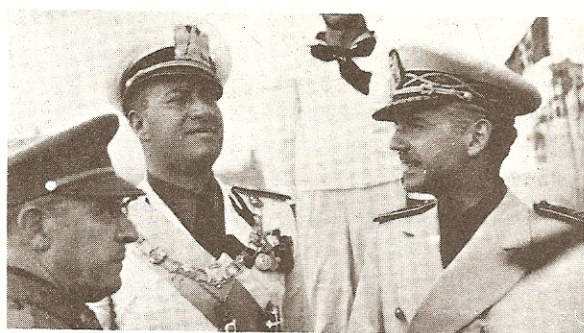
El tuvo la respetuosa amabilidad de no encontrarme entonces demasiado mal, cosa que hubiera sido lógica en su temperamento. Yo tuve la poca virtud de encontrarle un tanto cínico. No obstante -como he dicho teníamos el deber de ser amigos. El, en último término, era un hombre simpático, con inteligencia en cierto modo brillante ya que no profunda, con rapidez, con ingenio un poco brutal y descarado, aunque a veces sugestivo. La cosa fue fácil.

Durante su viaje a España, en el que pudo gustar de todas las satisfacciones de la popularidad que le eran tan caras, esa amistad se humanizó y se hizo más real. Después de pasar por Barcelona, San Sebastián, Toledo, Madrid y Sevilla entre aclamaciones, regresó sin duda satisfecho y hasta un poco asombrado de lo que en tan poco tiempo habíamos podido improvisar. Desde un punto de vista más personal, más privado, su aventura española debió haberle decepcionado un poco. Su estancia aquí fue bien distinta de las que supieron organizar para su frenética y descarada exuberancia, en Berlín, en Viena, en Budapest o en Zagreb. El pensó siempre con ilusión en realizar otro viaje a España, con carácter menos protocolario, para su desquite. (Con orgullo de español pensé que, dado nuestro modo de ser y nuestro carácter, llegada la ocasión se hubiera estrellado aquí.)

Lo vi otras muchas veces: En Berlín -donde era extraordinariamente agasajado, considerado como el amigo italiano por antonomasia -y seguidamente a mi paso por Italia. Ya he referido las circunstancias de aquel viaje y la inequívoca posición de Ciano -que se consideraba autor del *Eje*- en aquel tiempo<sup>1</sup>. Posición que sólo mucho tiempo después vería cambiar extrañamente. ¿Quiero indicar con esto que muchas de las manifestaciones políticas del *Diario* me parecen falsas? ¡Quien sabe cuál sería de verdad la intimidad de Galeazzo! Que el *Diario* es auténtico -que está escrito por él- no me ofrece duda, pero tampoco la tiene para mí que fue rehecho y alterado, probablemente en el tiempo de su embajada en el Vaticano: no sólo lo demuestran las graves contradicciones que en él existen en relación con los hechos de su vida, sino que basta ver como yo he visto la fotocopia de este documento para comprobar sus pegotes y añadidos. Para enjuiciar con acierto este problema (lo que merece la pena pues tiene el documento importancia histórica innegable) hay que tener presente el espíritu y el propósito del golpe de Estado del Gran Consejo fascista. Creían por entonces Ciano y los conjurados que el cambio de frente contra Mussolini y contra Alemania, y a favor de la monarquía y los aliados, podría hacerse a favor de ellos, sin conflictos, sin disgustos,

---

<sup>1</sup> Unos días antes de la entrada de Italia en la guerra encontré a Ciano furioso contra nuestra Reina Victoria. La había encontrado (creo recordar) en el "golf" y la Señora se le acercó para prevenirle de los peligros que Italia corría si participaba en el conflicto armado pues "Inglaterra al fin ganaría la guerra". Ante la previsión de S. M. -que si entonces parecía equivocada el tiempo se encargó de darle la razón- y ante su actitud y sus consejos Ciano se desataba en improperios.



*Don Ramón Serrano Suñer en el puerto de Barcelona con Galeazzo Ciano y el entonces Ministro de Asuntos Exteriores español Conde de Jordana.*



*San Sebastián, julio de 1939. Entrevista Franco-Ciano.*



sin consecuencias personales. Pues bien ¿no era preciso para esto escribir un pasado que estuviera *secretamente* concorde con ese cambio?

Difícil es juzgar un proceso como éste. Yo creo que Ciano albergó la legítima esperanza de salvarse –incluso políticamente- y aun de salvar a su patria –¿por qué no?- a la hora en que las cosas presentaban un nuevo aspecto. Creo en esto más que en una previa simulación, en una previa deslealtad oculta, que es lo que en otro caso el *Diario* vendría a revelarnos.

\* \* \*

Dos veces más coincidimos en Alemania: una en Berchtesgaden y otra en Berlín. A Berlín acudíamos a la firma de la prórroga del pacto anti -komintern (pacto suscrito mucho tiempo atrás, como ya he dicho, por el Conde de Jornada en su primera etapa ministerial) y era allí Ciano el ministro singularmente amigo, el aliado para el que guardaban los alemanes el puesto preferente y a quien consideraban como el huésped más importante. Tenía siempre toda prioridad protocolaria. Esto y una popularidad -organizada o cierta eran cosas que visiblemente le halagaban. En Berchtesgaden coincidimos con ocasión de la más difícil conversación que yo haya sostenido con Hitler. Era cuando se nos llamaba allí para decidir el cierre del estrecho de Gibraltar. Ya he reseñado esta entrevista. El interés que para Alemania tenía esta cuestión nos ponía a nosotros, momentáneamente, en primer lugar. De otra parte había sucedido ya el gran desastre italiano en Grecia por causa de una serie de ligerezas que irritaban a los germanos. Las cosas para nuestros hermanos latinos iban francamente mal. La estrella de Ciano declinaba y Ribbentrop empezaba a calificarle en términos un tanto severos. Mas todavía no advertí en el ministro italiano síntoma alguno de mudanza. Fue en Italia, en la primavera de 1942, cuando observé que un cambio radical se había producido en su actitud. No quiero decir un cambio hacia mí; aunque como se verá también a mí había de alcanzarme aquella mudanza.

En aquella ocasión había ido yo a Italia como invitado suyo y en viaje estrictamente particular. Era el resultado de un "pacto de amistad" que los dos teníamos establecido por virtud del cual cuando alguno se encontrase necesitado de alejamiento o de descanso, sería, por una temporada, huésped del otro. Una porción de circunstancias, de salud unas, derivadas otras de la marcha de la política interior española en la que más que incomodo me encontraba entonces asqueado entre vilezas y cuentos sin cuento, hicieron que fuera yo el que primero pusiera en practica la previsión de aquel pacto. Antes de salir de España ordené a mis colaboradores en el Ministerio de Asuntos Exteriores que se rogara a la prensa -a la sazón dependiente de la Secretaria General de Falange- que se ahorrara publicidad a este viaje. Es de justicia reconocer que cumplieron gustosa y muy celosamente mi consigna, pues fueron, en efecto, muy vagos y escasos los despachos que sobre mis movimientos publicaron los periódicos aquellos días. Acaso esto despertó la atmósfera de interés que yo no deseaba y en la cual se produjeron las más descabelladas conjeturas. Para algunos el objeto de mi viaje era la busca de un príncipe de Saboya para que ciñera -como antaño Don Amadeo- la corona de España. Luego se verá el porqué de todo esto. Lo cierto es que Ciano y yo habíamos convenido que el lugar de mi descanso sería *Livorno*, su ciudad natal, donde conservaba la casa de su padre. Yo le había pedido que mi viaje no tuviese lo menor resonancia oficial. Esto, como se verá, sólo en parte lo conseguí. Ya al llegar a Turín el protocolo italiano me prescribió un descanso que aprovechó el prefecto para ofrecernos –yo

vijaba con mi mujer- una comida a la que asistió la infanta de España Doña Cristina de Borbón. Apenas llegado a *Livorno* me transmitió Ciano una invitación del Rey Emperador que se encontraba solo en San Rossore. Era un poco extraña esta invitación del Rey, tan inesperada para mí especialmente dadas las circunstancias y el carácter de mi viaje. Allí en San Rossore me encontré en un pequeño comedor, con una pequeña mesa, todo en ambiente muy familiar, muy al gusto de aquel también pequeño Rey. Acompañaban al monarca el ministro de Palacio Conde de Acquarone, un ayudante, Ciano y yo. El tono de la conversación fue muy tranquilo y los temas sencillos. En relación con la guerra sólo se habló de un episodio de aviación y comentándolo el soberano Italiano me dijo: "Esto lo sabe muy bien S. E. Ciano que es un gran aviador." Me llamó la atención las reiteradas muestras de consideración y de afecto que Víctor Manuel daba a cada paso a su ministro de Asuntos Exteriores y el gusto con que Ciano las recibía. Esto me resultaba más notable (todavía más que el hecho, la atmósfera que revelaba) cuanto que en las anteriores ocasiones las cosas ocurrían de modo muy diferente, y en mi primer viaje a Roma había oído a Ciano (con disgusto pues yo llevaba un animo afectuosamente dispuesto hacia todos los italianos) manifestaciones desagradables sobre la monarquía y los Saboyas a los cuales consideraba como un estorbo que detenía la integral realización del fascismo. El postulaba entonces -otros españoles lo oyeron como yo- la caída de la monarquía como única manera de la entera realización del Estado totalitario, con el Duce como único jefe en el que coincidieran no sólo los poderes todos del gobierno sino también las funciones soberanas de la jefatura del Estado. Se comprenderá mi asombro en esta ocasión. Porque no era sólo el Rey el deferente, sino que también el Conde de Acquarone -y en seguida comprendí que era este personaje de mucho peso en la casa real- le mostraba sus mejores disposiciones amistosas y Ciano correspondía a ellas muy halagado. Poco después -regresando a *Livorno* en automóvil- me pidió para Acquarone una condecoración española, que no recuerdo si le fue concedida a mi regreso. Y como yo le objetase, un poco humorísticamente, que aun reconociendo el valor muy relativo y contingente de esas concesiones honoríficas, discernidas a veces con poquísimo fundamento, temía que Acquarone fuera totalmente desconocido en España aunque en Italia se tratase de una persona importante; Ciano sonrió y me dijo: "Parece mentira que tengas preocupaciones y escrúpulos tan pequeños." Pero volviendo al idilio recién descubierto por mí, recordaré que aun después del almuerzo el Rey nos acompañó en su pequeño automóvil (un mil quinientos) a recorrer la real posesión: por cierto que aquel modesto "Fiat" iba provisto de grandes botellas de hierro con gas metano, sustitutivo de la gasolina que entonces se usaba bastante en Italia. S. M. me dio sobre aquel sustitutivo muy minuciosa y cabal explicación. Luego, durante el largo paseo, habló con mucha soltura del campo, de sus problemas y de los obreros agrícolas. Entre él y Ciano el tono seguía siendo de estrecha confianza. Al regreso -solo ya con Ciano- no pude evitar expresarle mi asombro ante aquel cambio de decoración. El me replicó muy tranquilamente: "Mira, Ramón, es que el Reyes el que da y quita el poder." ¿No quería decir aquello que él consideraba que Mussolini no era ya como antes la fuente del poder? Y aun añadió: "y el Reyes el que manda los *carabinieri* que son una fuerza efectiva". Esto era para mí todavía más significativo: Ciano estaba ya al cabo de la calle sobre la vacuidad del partido fascista, sabía que las milicias ya no eran una fuerza real, sino simplemente un sindicato de intereses.

Yo entonces me limité a barruntar algo que aun no podía definir. Cuando más tarde sucedieron los acontecimientos graves que el lector conoce recordé aquellas actitudes y aquellas palabras. Es evidente que Ciano estaba ya por aquellas fechas embarcado en la

conspiración contra su suegro y su creador político. Aún aparecieron otros matices clave de un viaje moral completo. Mientras durante otra estancia mía anterior en Italia lamentaba yo el estar quemando en la lucha mi salud, él, amistosa y animosamente me decía: "No te preocupes de esas cosas. La vida no tiene importancia. Yo te aseguro que nunca desearía morir en mi cama." (¡Qué lejos entonces de su imaginación su trágico destino!) Pero ahora, en *Livorno*, en una mañana de sol, cuando regresábamos de las obras del gran faro que allí se estaba construyendo en recuerdo del almirante Constanzo Ciano héroe de Buccari, cuando yo desazonado de la empresa política y decepcionado por la reserva, el egoísmo y la falta de corazón de las gentes, hacía consideraciones sobre el escaso valor de la vida terrenal, él me replicaba de un modo que también resultaba sorprendente: "No estoy conforme, Ramón. La vida es siempre buena y amable. Yo estoy decidido a pasearme con un bastoncito por este mismo sitio de la costa y tomando este sol delicioso, con más de ochenta años sobre las espaldas. Aspiro a morir de viejo aquí en *Livorno* después de haber presenciado el desfile para el otro mundo de mucha gente enemiga." La retórica fascista de Ciano, si es que él fue fascista sincero alguna vez, quedaba muy lejos. El que soñaba ser jefe revolucionario pocos años antes, y tenía por ideal la muerte del héroe, acariciaba ahora un reposo apacible de senador.

También habían cambiado ahora los objetivos de sus sarcasmos: Ahora era el Ciano que hemos conocido en el *Diario*, antes no lo había sido ciertamente. Paseando bajo los pinos del jardín de su casa junto al mar, al hablarle yo de nuestras dificultades de divisas me decía: "Sí, aquí todos somos muy del Eje pero todos queremos dólares."

Estaba irritado contra el partido fascista él, que, antes, se había exhibido siempre como escuadrista de la primera hora, cosa cronológicamente casi imposible. Ettore Muti, su gran amigo, a quien él había llevado a la Secretaria del partido (pese a su evidente falta de condiciones políticas) le acababa de fallar y Mussolini -con poco acierto- lo había sustituido por Vidusoni, un joven a quien respetaré por haber ganado en España una medalla militar, que políticamente hizo una gestión desastrosa: su inexperiencia y su incapacidad le hacían inhábil para restablecer el tono del partido donde se limitó a desencadenar una zafia, absurda y peligrosa demagogia. (Entre tanto, aquí, gentes sin la menor información sobre cosas y personas de la política exterior, entregadas al más pequeño juego político, lo ensalzaban ditirámbicamente en la prensa.)

\*\*\*

Pasando revista a estos hechos de la política interior Ciano, aquel día por primera vez en su vida, me habló mal de Mussolini; y para que todo resultara más extraordinario le atacaba principalmente por el lado de sus pasiones humanas, de su conducta íntima. Como bromeando me permití insinuar que no parecía él la persona más indicada para hacer críticas de ese orden (sabido es que Ciano pasaba entonces por ser el más escandaloso de los italianos en cuestiones eróticas). "No importa, me replicó, dedicarse a muchas mujeres. Lo grave y escandaloso, lo que perjudica es dedicarse asiduamente a una y este es el caso de Mussolini." Yo aun interpusi un recurso; hasta en este aspecto me complacía defender un poco al hombre que tan buen amigo de mi patria había sido siempre. "Todo eso es malo, le dije, pero planteadas las cosas en esos términos me parecía más noble, más espiritual, más disculpable, una pasión auténtica, una fatalidad *stendhaliana* que la frívola atropellada y múltiple veleidad." El-recuperado su humor me dijo: "Será así, pero eso le hace cometer errores y cosas que escandalizan."

Tenía yo impaciencia por salir de aquella situación que ya resultaba desagradable, pero él insistía en sus censuras y yo no pude evitar decirle algo parecido a esto: Que él había tenido tanta suerte en la vida que seguramente no sabía valorar la fortuna de tener un jefe como aquel que tan alto había puesto el nombre de la patria y el suyo, y que tenía, además, arrogante lealtad política para con sus colaboradores. Lealtad y generosidad tanto más excepcionales cuanto que a este jefe, que políticamente parecía un superdotado, sus colaboradores no podían prestarle más que servicios auxiliares, técnicos, acaso muy importantes pero en lo sustantivamente político poco necesarios. "Con otro jefe políticamente menos dotado –añadía yo- tu capacidad política y tu perspicacia tendrían mayor valor que con él a quien sin duda no son indispensables tus ayudas ni en orden a la teoría del fascismo, ni a la preparación de sus grandes discursos, ni de sus planes políticos. En cambio él ha cuidado tu carrera, te ha puesto en la cumbre de la política de tu país y son notorios el cariño con que te trata, la libertad que te consiente, la defensa que hace de tu nombre y el celo que toma por tu prestigio. Ahora mismo, cuando la reciente desgracia de Grecia pudo caer sobre ti -cuando las gentes te señalaban a ti como culpable-, él ha tomado sobre sí toda la responsabilidad y no ha regateado el elogio a la habilidad del Conde Ciano." En este punto Ciano me interrumpió reconociendo aquella actitud de Mussolini. "Pues cuando un hombre -añadí yo todavía- se dedica fervorosamente al servicio de una causa y de un jefe, esas son las grandes recompensas; las que bastan y satisfacen. Del mismo modo que la ausencia de esa generosidad y estimación producen la depresión, la desilusión y la amargura del colaborador más seguro." No obstante el tono de amistad que yo había empleado para hablarle, la cruda ingenuidad de mis reflexiones distó mucho de serle grata y cortó el diálogo diciendo: "Sí, desde ese punto de vista tienes razón." Pero Ciano pronunció estas palabras con tal tono y con tal gesto que comprendí que desde aquel momento había dejado de ser mi amigo<sup>2</sup>.

Al siguiente día de esta discusión vino a decirme, con cortesía un poco afectada e inhabitual, que tenía que alterar el programa de mi descanso porque el Duce quería que yo fuera a Roma para hablar conmigo. Allí fuimos los dos. En el lugar de siempre, en el gran despacho del Palacio Venecia, celebramos una conversación, como siempre también, sentados Mussolini y yo a cada lado de la mesa, y de pie, en un extremo de ésta, de espaldas al gran ventanal que daba a la plaza, Ciano escuchaba. Sólo hablamos de cosas generales, volvimos a tratar el problema de nuestras relaciones con Alemania, rió la genialidad de no sé que ministro alemán (creo que Rosenberg) que había declarado fiesta el día del nacimiento de un emperador del Sacro Imperio porque no había ido a coronarse a Roma. "Algo más importante era Carlomagno -dijo burlándose Mussolini- y éste si vino a coronarse aquí." Nuevamente hablamos de la necesidad de una estrecha inteligencia italoespañola para el presente y para el futuro frente a los excesos del germanismo; y muy interesado por mi salud me dijo que dada la fatiga que

---

<sup>2</sup> Anteriormente no faltaron incidentes desagradables en nuestra relación. Ya muy avanzada la guerra me pidió apremiantemente -por telegrama y por carta que destituyera al Conde de Foxá, diplomático y jefe de la Falange en Roma. En otro caso me amenazaba con expulsarlo "por haber descubierto que estaba complicado en trabajos de espionaje a favor de los aliados". Yo le contesté que si admitía sin el menor esfuerzo que Foxá hubiera cometido ingeniosas indiscreciones o imprudencias, pues me era conocida su dicacidad, rechazaba enérgicamente que hubiera incurrido en actos que merecieran tan deshonrosa acusación. "Apoyada la petición de su salida en aquellos motivos -le dije-, Foxá no saldrá de Roma mientras el Gobierno Italiano no los pruebe o los rectifique." Mi actitud que evidenciaba su ligereza le llenó de indignación. Al fin tuvo que ceder: Foxá salió de Roma por chistoso, pero no por espía.

ocasionan los viajes mi descanso sería contraproducente si no permanecía al menos quince o veinte días en la Villa Madama. Al despedirnos me dijo que cualquier día que tuviera un rato libre me llamaría para seguir charlando, lo que efectivamente hizo pocos días después. Al salir encontré en la antecámara al Duque de Spoleto, rey electo de Croacia, a quien ya conocía de anteriores ocasiones. Nos saludamos, le hice presente nuestro sentimiento y nuestra admiración ante la muerte gloriosa de su hermano el Duque de Aosta al frente de los ejércitos de Etiopía, y él me contestó con muy cariñosas palabras de gratitud y de recuerdo emocionado para la memoria de su hermano que era un legítimo orgullo de su Casa.

Con mis frecuentes visitas a la sala del *Mappamondo* y correlativamente a la creciente cordialidad de Mussolini, a la relación con Ciano resultaba cada vez más forzada. Ello me decidió a regresar antes de lo previsto, a pesar de lo cual la estancia nos resultó a los dos larga y pesada. Tres meses después cesaba yo en el Gobierno y recibía de él un mero telegrama, por cierto muy convencional. Poco tiempo más tarde salía él del gobierno de Roma y yo le escribía una carta amistosa. Presentía que algo iba allí a ocurrir (cuando regresé de mi viaje manifesté a Franco que había encontrado muy descompuesta la situación de Italia, aunque no sospechaba hasta qué punto estaba irremisiblemente perdida) y le ofrecía mi casa por si quería venir aquí a descansar y alejarse de todo aquello; por experiencia sabía yo lo que un hombre puede necesitar ese alejamiento al abandonar un puesto como aquél.

Más tarde, sinceramente impresionado y con dolor, leía la noticia de su fusilamiento en Verona. A la vez me preguntaba qué habría sucedido entonces en el alma y en la mente de Mussolini y me parecía muy dudoso que en este caso pudiera dársele la razón; porque Ciano, con deslealtad personal evidente, con error si se quiere (según se miren las cosas), no había hecho otra cosa que ejercitar un derecho de crítica y censura establecido por los textos constitucionales del fascismo. Por aquellos días recibía yo una carta particular de Mussolini recomendándome un asunto de su interés privado. Al contestarle no pude menos de empezar de este modo: "No sería sincera esta carta, no sería leal, no sería en fin la carta de un amigo, si no empezara recordando a Galeazzo en su desgracia y en su muerte que creo no ha merecido, pues si ha cometido deslealtades y errores no puedo creer que quisiera traicionar a Italia". Pocos días después recibía esta contestación del Duce:

"Querido Serrano: Vuestra carta ha sido para mi una sorpresa que me ha conmovido. Os agradezco vuestras palabras y la participación que habéis tomado y tomáis en mis vicisitudes personales que tienen una importancia muy relativa frente a la tragedia de mi patria sangrante por mil heridas. Sin embargo el pueblo resiste y no desespera. Las primeras fuerzas militares de la República han entrado ya en campaña y nuevas y mayores unidades se están preparando en Alemania. Y ahora voy al asunto que me recordáis: Muchas veces he pensado que el fin del Conde Ciano os habría particularmente entristecido y lo comprendo bien. En mi vida tan agitada lo que se ha desarrollado en Verona ha sido el capítulo más dramático: sentimientos y "razón de Estado" han chocado violentamente en mi ánimo. La madre del Conde, sobre la que en pocos años se han abatido tantas desgracias, me ha escrito y no me ha recriminado aun en su comprensible gran dolor. Querido Serrano, el recuerdo de nuestros encuentros está siempre vivo en mí porque nos habíamos, yo creo, encontrado *también* espiritualmente. Así como está viva e inalterable en mí la simpatía por vuestro país, para Franco (del

cual sigo la difícil navegación) y para vos. Recibid, querido Serrano, mis cordiales amistosos saludos y augurios.

11 junio 1944. XXII. Mussolini".

Es una carta histórica en la que amistosamente viene a reprocharme que yo hubiera sido para con el juicio de Verona más severo que la misma madre del condenado. Deduzco de esto que no debieron ser muchas las cartas que recibiera en el tono de la mía.

¿Cómo fue, en realidad, el Conde Ciano? Su *Diario* y su conducta no concuerdan. Es muy claro que utilizó el *Diario* como arma política. Sobre esto ya he formulado mi hipótesis. Seguramente que al proceder de este modo, con los retoques que le dio *a posteriori*, no deseaba sólo salvar su vida sino también la de su país. Se equivocó; y aunque lo de Verona no hubiera ocurrido cualquier justificación hubiera perjudicado más que favorecido al ministro de Asuntos Exteriores de Italia. Además, los hombres no se juzgan por su *Diario* sino por su conducta.

Ciano fue sin duda un temperamento contradictorio, de extraordinaria vitalidad. Sus pasiones, sus odios, sus afectos, eran vivos, urgentes y, con frecuencia, groseros. Era inteligente y perspicaz sin duda alguna, aunque con una formación deficiente y una cierta vulgaridad última que desconcertaba. Voluntarioso, arbitrario, muchas veces frenético e injusto. Una vez que yo le había manifestado mi deseo de conocer a Grandi, me dijo de Grandi: "No merece la pena, no tiene ningún interés y su inteligencia es más pequeña que la de un mosquito." La cosa me pareció demasiado tonta y le recordé la elogiosa opinión que sobre él diera Mussolini a Ludwig en su famoso libro de conversaciones. Le molestó mucho mi replica y se salió por la tangente contándome no sé qué lance sucedido en una playa en el que correspondió a Grandi -según él- un papel poco airoso. Con mayor violencia me habló varias veces de Balbo, a quien odiaba y al que tampoco Mussolini quería demasiado. Era voluble; para él era hoy maravilloso lo que mañana sería detestable: el Rey, el Duce, el fascismo, Alemania, eran cosas y valores que dependían de su humor. En cambio, como ya he dicho, era simpático, y además -cuando no le traicionaba la pasión- tenía cualidades de amigo con una cordialidad que contagiaba y se imponía en tales ocasiones. Pero no podrá juzgar a Ciano con rectitud quien no tenga en cuenta esta circunstancia: desde Dios sabe cuántos años -o siglos- él había sido el hombre más mimado de Italia. Circunstancias puramente contingentes habían hecho de Galeazzo el hombre con mayores posibilidades de su pueblo, con una situación excepcional de influencia, de goce y de poder que si daba satisfacción a aquella su inmensa vitalidad, dibujaba una contradicción demasiado grande entre la postura política a que le condujo y su verdadero temperamento humano, pues Galeazzo Ciano que lo fue todo en el régimen fascista la verdad es que no era un fascista. Era por el contrario un feudal, con uso y ejercicio de las más viejas y características prerrogativas del feudalismo. Y esto aunque él llevaba siempre con orgullo el distintivo rojo de los escuadristas, en la bocamanga. Le correspondió pues, actuar como relevante figura en aquel régimen que postulaba la vida incómoda y arriesgada que eran la negación de su temperamento y vocación. La vida cómoda y regalada le atraía y, todo contradicción, estaba ganado por los ambientes más contrarios a cuanto el fascismo significaba. Acaso desde el Renacimiento no se había dado en Roma un hombre con su tipo de vida. Quiero con este libro hacer, según dije al principio, mi aportación a la historia, sin duda pequeña pero rigurosa e insobornablemente verídica. Un pequeño anticipo de lo que supe y conocí, de personas

y cosas del tiempo que me tocó vivir. Porque no he de consentir en desfigurar ninguna, prefiero callar muchas hasta que llegue el tiempo y la oportunidad de explicarlo todo. Hubiera sido entupido e indigno, de mí y de la misma persona de quien ahora me ocupo, haber intentado silenciar aspectos y defectos que, por graves que sean, son por otra parte notorios. Mas habiendo cumplido este deber tampoco quiero faltar a otro que, en definitiva, está por encima de él. Galeazzo Ciano ha muerto trágicamente, con un fin que, seguramente, no mereció. (Lo recuerdo ahora en su última fotografía en un campo de Verona, instantes antes de ser fusilado, sentado de espaldas en una silla, pero vuelta la cara y mirando desdeñosamente a quienes seguramente le ejecutaban llenos de sañuda pasión; recuerdo la crueldad de sus carceleros en las semanas anteriores a su muerte, crueldad que trascendía a su mujer y a sus hijos que ni siquiera pudieron comunicar con él en las últimas jornadas de su vida.)<sup>3</sup>.

Yo en esta hora he de acordarme sólo, como española, del afán con que siguió las cosas de España durante nuestra guerra civil y –fuera por lo que fuere, que esto no me importa– de la amistad constante y eficaz que entonces nos mostró y de servicios que prestara. Pero aún queda algo más para que el último paso de mi recuerdo esté –pese a todo– lleno de respeto. Algo que escribí también en mi carta a Mussolini: el recuerdo de los *pequeños pescadores* de Livorno. De su hija, niña muy tiernamente devota de su padre, y de los dos varones, dos niños Fabrizio y Marzio, los dos con zetas en el nombre como su padre Galeazzo, como su abuelo Constanzo. Aquellas zetas que según una superstición familiar que él me refirió un día, traían buena suerte a quienes las llevan...

---

<sup>3</sup> Impresiona la narración de Giuseppe Silvestri: "Albergo Agli Scalzi". Brescia, 1946.